

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

Otra generación

Jueces 2:10

“Generación va, y generación viene”

Eclesiastés 1:4

“Aconteció después de la muerte de Moisés...” “Aconteció después de la muerte de Josué...”. Así comienzan los libros de Josué y Jueces: tránsito de dos generaciones muy diferentes una de la otra.

Moisés, el legislador, aquel a quien Dios se había revelado cara a cara, aquel a quien le había dicho “mi siervo” (Números 12:8), había muerto. ¿Quién iba a retomar el liderazgo del pueblo en ese momento decisivo cuando, estando por segunda vez en la frontera del país prometido, debía decidirse a conquistarlo? Josué estuvo dispuesto a responder al llamado de Dios y a conducir a Israel a la victoria, porque con mucha anticipación se había dejado formar por Dios para esta tarea.

Primeramente, a través *del combate*, en Éxodo 17. Como para muchos otros, las primeras experiencias en el camino de la fe marcaron su carrera: más tarde combatiría en Canaán, pero desde su juventud luchó contra Amalec. En la primera batalla Josué aprendió una gran lección: no hay victoria sin intercesión: “Cuando alzaba Moisés su mano, Israel prevalecía; mas cuando él bajaba su mano, prevalecía Amalec” (v.11). Sólo Uno puede darnos la victoria: Aquel que, mucho mejor que Moisés, “puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:25).

Josué todavía tenía que aprender otras lecciones. En Sinaí, con Moisés (Éxodo 24:13); luego, solo en el tabernáculo de reunión (Éxodo 33:7-11), aprendió a guardar silencio en la *presencia de Dios*. En lo secreto su personalidad interior se formó, su fe se fortaleció. En el día de la prueba en Cades–barnea se puso resueltamente al lado de Caleb para decir con energía: “Subamos luego, y tomemos posesión de ella... con nosotros está Jehová; no los temáis” (Números 13 y 14). Todavía transcurrieron treinta y ocho años en el desierto pero Canaán no se borró de su vista y, en el día decisivo, estuvo listo.

¡Cuán diferente fue la generación que le siguió! “El pueblo había servido a Jehová todo el tiempo de Josué, y todo el tiempo de los ancianos que sobrevivieron a Josué... Y se levantó después de ellos otra generación que no conocía a Jehová, ni la obra que él había hecho por Israel” (Jueces 2:7-10).

Los que después de la muerte de Josué se convirtieron en las personas responsables habían oído hablar de Dios y de todo lo que él había hecho por su pueblo. ¿Por qué, pues, dice la Palabra que esta otra generación no “conocía a Jehová”? Entre nosotros también hay cantidad de jóvenes que desde su infancia han oído hablar del Señor, han recitado de memoria versículos de la Biblia, la han leído, han escuchado su meditación y, sin embargo, no conocen al Señor. Incluso del joven Samuel está escrito: “Samuel no había conocido aún a Jehová” (1 Samuel 3:7). No se trata de un conocimiento intelectual, ni de haber memorizado ciertas enseñanzas, por supuesto provechosas, pero sin efecto, pues no fueron puestas en práctica y permanecieron como algo teórico. *Conocer al Señor* es haber tenido una relación personal con él, es haberse hallado, por lo menos en cierta medida, realmente en la presencia de Dios –como antaño el joven Josué, o Samuel en aquella noche memorable– haciendo callar sus propios pensamientos

y dejando que la luz divina aclare la conciencia y el corazón. “...No conocía a Jehová, ni la obra que él había hecho por Israel”. ¿Acaso la generación que sucedió a Josué ignoraba la liberación de Egipto, los cuidados de Dios en el desierto y la conquista del país? ¡Por supuesto que no! También hoy día podemos estar perfectamente al corriente de todo lo que sucedió en la cruz, haber leído diez o veinte veces los evangelios, Isaías 53 o el Salmo 22 y sin embargo, no conocer la obra del Señor por sus rescatados. *Conocer* su obra es aceptar las consecuencias; asir por la fe la necesidad que tenemos de ella, pues nosotros no podemos aportar nada; creer que Dios nos recibe gracias a los méritos de su Hijo. También es aceptar que “uno murió por todos... *para que* los que viven, ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos” (2 Corintios 5:14-15). Conocer al Señor y su obra no es pertenecerse más a sí mismo, sino estar siempre consciente de haber sido “comprados por precio” (1 Corintios 6:20).

Esta “otra generación” sin duda creía que se había liberado de las barreras impuestas por Dios, las cuales sus padres habían respetado. ¿Entonces, por qué no tomar contacto y entablar buenas relaciones con los pueblos que los rodeaban? ¿Por qué no unirse a ellos a través del matrimonio y demás? Sin embargo, Josué les había advertido: “Si os apartareis, y os uniereis a lo que resta de estas naciones que han quedado con vosotros, y si concertareis con ellas matrimonios, mezclándoos con ellas, y ellas con vosotros... os serán por lazo, por tropiezo, por azote para vuestros costados y por espinas para vuestros ojos” (Josué 23:12-13). ¡Cuántos cristianos han abandonado el camino del Señor para ligarse, en sus hogares o en sus empresas, a los incrédulos, y así encontrar los lazos y las espinas de los cuales habló aquel viejo siervo!

Dios no quiso hacer desaparecer las naciones paganas de Canaán; al contrario, las dejó subsistir “para probar con ellas a

Israel, a todos aquellos que no habían conocido todas las guerras de Canaán... para saber si obedecerían a los mandamientos de Jehová” (Jueces 3:1-4). El Señor puede muy bien ponernos a prueba. Sin duda, los que crecieron en hogares cristianos fueron preservados de muchas trampas. Pero un día u otro, por razones profesionales, estudios, obligaciones militares, etc., se hallan ubicados en otro medio. Se trata entonces de aprender y “conocer lo que es la guerra”: luchar, mantenerse firme, resistir, saber decir no y no dejarse arrastrar. Hay una corriente que contrarrestar, y cuánto más fuerte es, tanto más energía requiere. Pero hay Uno cuya fuerza está en nosotros, que intercede por nosotros y puede darnos la victoria y la perseverancia para alcanzar la meta.

“Escogeos hoy *a quién* serváis” (Josué 24:15). Cada día debemos elegir entre lo que es de Dios y lo que es del mundo, entre lo que es del espíritu y lo que es de la carne. Sobre todo a la hora de las grandes decisiones de la vida, nuestra elección tendrá consecuencias a largo plazo, y no solamente para nosotros, sino también para los que vendrán después. ¿A cuál de las dos generaciones imitaremos? ¿a la de Josué que se mantenía en la presencia de Dios y sabía combatir, o a esta “otra generación” que no conocía a Dios ni la obra que él había hecho por su pueblo? G.A.

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

**Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)**

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).